

Conceptos en disputa,  
disputas sobre conceptos

Maximiliano Hernández Marcos  
Héctor del Estal Sánchez  
(eds.)

DYKINSON  
2022

Esta publicación ha sido cofinanciada por el Proyecto del Programa RETOS del Ministerio español de Ciencia, Innovación y Universidades «Herramientas conceptuales del futuro inmediato: Por una subjetividad sostenible» (PID2020-113413RB-C32) y la Ayuda económica del Programa XIII de la Universidad de Salamanca al GIR «Jano» correspondiente al año 2022.

Extravagantes, 10  
ISSN: 2660-8693

© 2022 Autores, para los textos  
© 2022 Leonardo López Monroy, para la cubierta

Editorial Dykinson  
c/ Meléndez Valdés, 61-28015 Madrid  
Tlf. (+34) 91 544 28 46  
E-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)  
<http://www.dykinson.com>

Preimpresión: TALLERONCE

ISBN: 978-84-1122-750-6  
D.L.: M-28492-2022

Versión electrónica disponible en e-Archivo  
<http://hdl.handle.net/10016/36007>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España

## ÍNDICE

Nota preliminar de los editores	9
El carácter controvertido de los conceptos en la Historia Conceptual de Reinhart Koselleck y la disputa de los historiadores, por <i>Faustino Oncina Coves</i>	11
La influencia del vocabulario budista en la filosofía occidental: una aproximación a la genealogía de la gramática filosófica, por <i>Enrique F. Bocardo Crespo</i>	29
La Escuela de Salamanca, una denominación polémica, por <i>María Martín Gómez</i>	61
<i>Aufklärung</i> , un concepto en disputa. A propósito del debate en la “Sociedad del Miércoles”, por <i>Maximiliano Hernández Marcos</i>	77
El <i>Pantheismusstreit</i> , por <i>Luca Fionnesu</i>	99
La polémica sobre el ateísmo, por <i>Gaetano Rametta</i>	115
Antiguos y modernos. Reelaboraciones filosóficas de la <i>Querelle</i> entre classicismo e idealismo en Alemania, por <i>Giovanna Pinna</i>	127
El conflicto de la Universidad / El conflicto de las Facultades, por <i>Ernst Müller</i>	139
La disputa del pesimismo en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, por <i>Héctor del Estal Sánchez</i>	153

## ÍNDICE

La disputa del historicismo, por <i>Barbara Picht</i>	175
Pasado y presente de la disputa del psicologismo y el logicismo. Hacia el proyecto de una normatividad del entendimiento humano, por <i>Jimmy Hernández Marcelo</i>	187
El espejismo de la reflexión. La disputa de Heidegger con la fenomenología y el neokantismo, por <i>David Hereza Modrego</i>	207
La disputa del positivismo en la sociología alemana, por <i>Falko Schmieder</i>	225

LA DISPUTA DEL PESIMISMO EN ALEMANIA  
EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX<sup>1</sup>

*Héctor del Estal Sánchez*  
(Universidad de Salamanca - IEMYRhd)

En el año 1876, el neokantiano Wilhelm Windelband se lamentaba:

El pesimismo es indudablemente una de las modas más difundidas, por lo menos, dentro de las fronteras de la vida cultural alemana. Hay círculos sociales y de amistades en los cuales se considera como una falta de delicadeza y cultura estar satisfecho con la situación en que se encuentra el mundo y se ha vuelto de buen tono soportar la miseria de la existencia con un sentimiento común de gozar de un juicio superior y tener una comunicación mutua de los sentimientos de resignación. [...] Pero ser pesimista no es solo [algo] aristocrático: el pesimismo se predica en los callejones no menos que en los salones; [...] y es devorado de este modo como un estado de ánimo del descontento y del desagrado en todos los estratos de la población.<sup>2</sup>

En efecto, la observación de Windelband no carecía de justificación: con la exitosa irrupción de la filosofía de Schopenhauer en los círculos de la burguesía alemana se produjo un cambio de orientación en la comprensión de la experiencia del tiempo histórico de la época; cambio que convirtió el concepto de pesimismo en uno de los ejes de gravitación en torno al cual giraría la cultura alemana. Ahora bien, el progresivo éxito de la filosofía de Arthur Schopenhauer a partir del final de la década de 1840, y especialmente con su afianzamiento como filósofo de referencia para la burguesía alemana en la década de los 50 y 60, también convirtió el concepto de pesimismo en un objeto de controversia debido a su gran difusión social; lo cual acabó finalmente por dar lugar a una disputa que, ensombrecida por otras polémicas como la del materialismo o la del darwinismo<sup>3</sup>, ha sido en buena medida desatendida por la historiografía clásica de la filosofía alemana del siglo XIX: nos referimos al *Pessimismusstreit* (o la polémica sobre el pesimismo).

---

1 Esta publicación es parte del proyecto de I+D+i *Herramientas conceptuales del futuro inmediato: Por una subjetividad sostenible* (PID2020-113413RB-C32), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España, y ha surgido como actividad del grupo de investigación JANO de la Universidad de Salamanca, adscrito al IEMYRhd.

2 Wilhelm Windelband, "Pessimismus und Wissenschaft", en Wilhelm Windelband, *Prälu- dien, Aufsätze und Reden zur Philosophie und ihrer Geschichte*, Bd. 2, (Tübingen: J. C. B. Mohr, 1915), 218-219.

3 Cf. Frederick C. Beiser, *After Hegel. German Philosophy: 1840-1900*, (Princeton / Oxford: Princeton University Press, 2014), 158-161.

En ella no solo participaron filósofos de distinto signo tanto dentro como fuera de los muros de las universidades, sino también teólogos, juristas, hombres de Estado e incluso médicos. Todos ellos escribieron con una intención polémica para definir el contenido del concepto de pesimismo y tomar una posición (casi siempre con una marcada proyección práctica) respecto a él.

Lo relevante de esta “contienda semántica” es que en ella se pone de manifiesto la transformación del pesimismo, durante la segunda mitad del siglo XIX en Alemania, en un *concepto guía* o *concepto histórico fundamental* de acuerdo con la historia conceptual de Reinhart Koselleck.

Esta tesis, que el pesimismo es un concepto histórico fundamental, cuya vigencia como tal puede delimitarse aproximadamente en el espacio de tiempo comprendido entre la frustrada Revolución de Marzo de 1848 y el estallido de la Primera Guerra Mundial, solo puede probarse como viable atendiendo tanto a la disputa en torno a él como al contexto en el que se desarrolla. De un modo más preciso: probar el carácter del pesimismo como concepto fundamental con el cual la sociedad burguesa alemana de la segunda mitad del siglo XIX elevó a la autoconciencia su presente histórico y lo comprendió es una tarea que solo puede realizarse con un análisis y crítica filológica que esclarezca los usos del término *pesimismo* en los textos que constituyen el “caladero lingüístico” de la polémica y que, además, los ponga en relación con la historia social que la rodea (sus transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales).

Para llevar a cabo tal comprobación, es necesario examinar, primero, los rasgos generales que certifican la aptitud del pesimismo para convertirse en un concepto histórico guía o concepto histórico fundamental de naturaleza polémica a través del marco heurístico que ofrece la historia conceptual koselleckiana mediante una breve historia terminológico-conceptual de su origen; y, después, delimitar las líneas generales de la polémica poniéndolas en relación con su contexto histórico para poner de manifiesto que la lucha semántica enfocada a definir posiciones filosóficas en torno al pesimismo no es otra cosa que una disputa por acreditar o desacreditar a este como concepto adecuado para comprender aquel presente histórico de la segunda mitad del XIX.

### *I. El pesimismo como concepto moderno polémico. Precauciones histórico-conceptuales*

El optimismo y el pesimismo son hermanos gemelos. Si el último ha sido endilgado a su madre en adulterio mediante superfetación es algo difícil de dilucidar, puesto que no se puede llevar a la

madre ante un tribunal espiritual y el padre siempre ha sido desconocido. A mí, ambos me parecen hijos legítimos, ninguno mayor que el otro [...]. Los gemelos existen, y –aunque de una naturaleza tan opuesta y contradictoria como es posible [imaginar]– están tan íntimamente unidos y son tan íntimamente inseparables como nada más parece estarlo y serlo en el universo. Todo lo que a través de ellos se mira –y ¿qué puede mirarse bien sin ellos?– lleva el color de ambos [...]. Ninguna ojeada al mundo puede darse sin ellos. [...] En resumidas cuentas: estos dos nobles hermanos se hicieron los señores y gobernantes del mundo físico y moral [...].<sup>4</sup>

Cuando el poeta alemán Friedrich Maximilian Klinger escribió esta breve nota en 1801, nada podía augurar el prometedor porvenir del término pesimismo como una palabra apta para convertirse –en términos koselleckianos– en expresión de un concepto fundamental. Para esto, todavía haría falta esperar –como ya hemos apuntado– casi medio siglo, hasta finales de los años 40: solo entonces su uso creciente en los territorios alemanes y la progresiva sistematización y lucha por la determinación de su contenido semántico en los escritos de autores como Arthur Schopenhauer, Eduard von Hartmann, Philipp Mainländer y sus seguidores, pero también y sobre todo, en los de sus adversarios, hizo que adquiriese una “capacidad semántica más amplia”<sup>5</sup> sujeta a cambios y desplazamientos de significado y pragmática, con la cual se adhirieron a él una serie de aspectos extralingüísticos no presentes de un modo evidente en los textos y que apuntaban a la estructura social del momento.

Sin embargo, este fragmento nos ayuda a establecer un marco heurístico adecuado para abordar el análisis de la disputa del pesimismo, pues nos permite establecer una breve “historia terminológico-conceptual” preparatoria del pesimismo al mismo tiempo que nos ofrece información sobre su contenido y estructura semántica.

El origen del término pesimismo puede retrotraerse a finales del siglo XVIII, hasta 1776 cuando el ilustrado Georg Christoph Lichtenberg, de forma aforística, hizo el primer uso de él en sus manuscritos poniéndolo en relación también con el optimismo.<sup>6</sup> Sin una definición más concreta, el término fue cargándose de significado y, aunque preso de cierta polisemia, vino a designar –como se aprecia el fragmento de Klinger– una disposición subjetiva, un temple de ánimo o “tono” con el cual se contemplaban las cosas. Así lo atestigua el registro recogido en 1829 por Wilhelm

4 Friedrich Maximilian Klinger, *Werke*, Bd. 11, *Betrachtungen und Gedanken über Verschiedene Gegenstände*, (Königsberg: Friedrich Nicolovius, 1809), 3-4.

5 Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, (Barcelona: Paidós, 1993), 106-107.

6 “Unos con su optimismo, otros con su pesimismo.” Georg Christoph Lichtenberg, *Schriften und Briefe*, Bd. 1, *Sudelbücher I* (München: Carl Hanser Verlag, 1994), 495. Este aserto no sería conocido hasta mucho después de la muerte del autor, en 1906, con la publicación íntegra de sus manuscritos.

Traugott Krug en el *Diccionario general de las ciencias filosóficas, junto a su literatura e historia*. Allí afirma:

*Pesimismo* (de *pessimum*, lo peor): es lo opuesto del optimismo; también, la opinión de que el mundo es fundamentalmente malo [*grundschlecht*]. De ahí que, en la misma medida que al hombre que ve todo bajo una luz de color de rosa se le llama chistosamente *optimista*, así también podría llamarse *pesimista* a aquel que ve todo negro o echa pestes sobre la maldad del mundo.<sup>7</sup>

La existencia y persistencia del término “pesimismo” [*Pessimismus*] (también el adjetivo “pesimista”) en estos y otros textos es triplemente significativa: primero, porque nos permite constatar que la palabra ya estaba en una, aunque ciertamente limitada *circulación en la comunidad lingüística* alemana de las primeras décadas del siglo XIX; segundo, porque muestra que su uso era ya, en su origen, esencialmente *polémico* como expresión opuesta a la de optimismo; y tercero, porque apuntaba, junto a su contrario, a una *universalización*, tal como puede intuirse, precisamente, en la pregunta retórica de Klinger acerca de “qué puede mirarse bien sin ellos.”

Estos aspectos fácilmente observables, apuntan ya a ciertos rasgos que convierten a los vocablos optimismo y pesimismo en aptos para transformarse en conceptos fundamentales. Sin embargo, a este respecto es decisivo atender a la propia construcción de los términos. Las construcciones con el sufijo “-ismo”, nos recuerda Koselleck,<sup>8</sup> son acuñaciones propias de lo que él ha denominado la *Sattelzeit*. Esto indica ya dos cosas: en primer lugar, que optimismo y pesimismo son *neologismos*; por lo tanto, no nos encontramos ante dos términos de uso antiguo que hayan sufrido un cambio de significado en esta época, sino ante dos términos originarios de la conciencia moderna e inexistentes antes de ella. Y, en segundo lugar, que, al igual que otros términos contruidos con el sufijo “-ismo”, optimismo y pesimismo son susceptibles de convertirse en “conceptos de movimiento” histórico; lo cual significa que aspiran a expresar una concepción total de los rumbos posibles de la historia; y, en este sentido, ya no solo registran un campo de experiencia histórica, sino que se orientan hacia el futuro, hacia un horizonte de expectativas.<sup>9</sup> En otras palabras: están sujetos a una *temporalización* por la cual su función conceptual ya no consiste únicamente

7 Wilhelm Traugott Krug, *Allgemeines Handwörterbuch der philosophischen Wissenschaften, nebst ihrer Literatur und Geschichte*, Bd. 5, *Supplemente von A bis Z und das Generalregister* (Leipzig: Brockhaus, 1829), 192-193.

8 Cf. Koselleck, *Futuro pasado*, 111-112 y 324-328; Reinhart Koselleck, “Un texto fundamental de Reinhart Koselleck. Introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Anthropos* 223 (2009): 97.

9 Cf. Koselleck, *Futuro pasado*, 325.

en recoger un presente histórico (pesimismo y optimismo serían así *indicadores* en términos de Koselleckianos), sino que también se dirigen hacia el futuro con un sentido pragmático y totalizador (es decir, tienen una función *práctica* como *factores*).

Precisamente en el momento de la polémica, y debido a este doble aspecto de *indicador* y *factor*, los conceptos de pesimismo y optimismo se fueron cargando de un marcado significado intramundano y sociopolítico en virtud de cuatro procesos a los que se vieron sometidos: en primer lugar, a) a una *democratización* de su uso (o, dicho de otro modo, una ampliación paulatina del número de participantes de la comunidad lingüística alemana que hizo uso de ambos conceptos); en segundo lugar, b) a una progresiva *temporalización*, con la que adquirieron cada vez más ese sentido temporal o de movimiento; c) en tercer lugar, a una *ideologización* (entendida como un creciente grado de abstracción de su contenido que facilitó su uso “partidista”) y, por último, d) a una *politización* de los mismos (mediante la cual a estos conceptos, que inicialmente tenían una orientación teórica en sentido estricto, se adhirió una intención práctica).

Desde este punto de vista, el marco heurístico apropiado para comprender la polémica consistirá en comprobar cómo ambos conceptos se sometieron en mayor o menor medida a estos cuatro procesos, teniendo por resultado una polarización en dos comprensiones del presente histórico contrapuestas en tanto factores que delimitaban con una orientación clara expectativas históricas más o menos bien definidas. A grandes rasgos: de un lado, el concepto de *optimismo*, en sus sucesivas transformaciones –también terminológicas– en filosofía de la historia, apuntaba hacia un horizonte de expectativas en el que era posible lograr o realizar el mejor mundo posible mediante la acción humana. A la luz de la experiencia de Revolución Francesa, el optimismo de la filosofía de la historia hacía del *futuro* el campo de la *acción humana libre* para “hacer historia” y comprendía el presente como “historia disponible.” Del otro, el concepto de *pesimismo* vendría a negar ese horizonte de expectativas al deshacer la disponibilidad de la historia y al descartar en la práctica tanto la aparición de la novedad en ella como también la posibilidad de una acción orientada a aquellos fines apoyándose en un nuevo campo de experiencia: la de un análisis más cercano de la potencia negadora del sufrimiento, la desesperación y el desengaño a la luz de los fracasos revolucionarios.

Estos dos conceptos que terminaron por enfrentarse en la polémica del pesimismo, adoptaron, además, una estructura semántica concreta: ambos se comportaron como “conceptos contrarios asimétricos” (*asymetrische Gegenbegriffe*).<sup>10</sup> En la polémica del pesimismo, cada grupo interesado se definió a sí mismo en relación con

---

10 Cf. Koselleck, *Futuro pasado*, 205-211.

los demás grupos participantes por medio de la calificación del *concepto contrario* al que se opuso. Esta estructura semántica determinó el comportamiento de la oposición optimismo-pesimismo durante la polémica; y lo hizo adquiriendo el rasgo de la asimetría. Esto significa, fundamentalmente, que la adscripción de calificativos al contrario para definir la propia posición fue, casi siempre, peyorativa y con marcados tintes ideológicos;<sup>11</sup> e incluso cuando los contrincantes identificaron a sus rivales acertadamente como “pesimistas” u “optimistas”, el contenido que pretendían abarcar con aquellos calificativos no se correspondía en absoluto con la autopercepción o definición propia que el contrario se había dado a sí mismo. Este comportamiento de oposición asimétrica en la disputa, característico de los conceptos de pesimismo y optimismo, tiene, por lo tanto, una función clara: la constitución y delimitación de una identidad propia de los participantes en la polémica mediante intentos de anulación y humillación del contrario con el objetivo de reclamar de este modo para sí, de forma excluyente, una pretensión de totalidad o universalidad para su posición conceptual como expresión adecuada de su tiempo histórico y legitimar sus proyecciones prácticas.

## II. *El pesimismo como despliegue conceptual de la toma de conciencia de una estructura socio-histórica*

Si se debe rastrear el inicio de la disputa del pesimismo, hemos de clarificar, en primer lugar, cómo Schopenhauer se define a sí mismo como pesimista atendiendo a la estructura que hemos descrito. Cuando Arthur Schopenhauer sistematizó filosóficamente el concepto de pesimismo, lo hizo de un modo consciente en relación con su contrario, frente al cual él reclamaba su posición específica. El optimismo al que se enfrentaba Schopenhauer había sufrido, sin embargo, una larga serie de transformaciones hasta desembocar en la filosofía de la historia como una suerte de hiperoptimismo que confiaba en la potencia transformadora de la autonomía humana en la historia.<sup>12</sup> Quizás el mundo no era el mejor de los posibles —esa era la superada

---

11 “Del concepto de sí mismo se deriva una determinación ajena que para el que queda delimitado puede equivaler literalmente a una privación, fácticamente [es reducido] a un despojo” (Koselleck, *Futuro pasado*, 207-208).

12 Cf. Odo Marquard, “Idealismo y teodicea”, en Odo Marquard, *Dificultades con la filosofía de la historia* (Valencia: Pre-Textos, 2007), 59-72; “Descargos. Motivos teodiceicos en la filosofía moderna”, en Odo Marquard, *Apología de lo contingente*, (Valencia: Alfons el Magnànim, 2000), 27-47; Hans Blumenberg, *La legitimación de la Edad Moderna*, (Valencia: Pre-Textos, 2008), 63-64.

tesis del optimismo leibniziano–, pero no era, en modo alguno, esencialmente malo, pues contenía dentro de sí los elementos necesarios para poder transformarse en bueno para el ser humano en el futuro. A comienzos del siglo XIX, esta es la versión del optimismo representada paradigmáticamente en el campo de la filosofía por figuras como las de Fichte y Hegel, en respuesta a las cuales se presentará el pesimismo de Schopenhauer.

### 1. La formulación polémica del pesimismo filosófico en Arthur Schopenhauer

Schopenhauer, quien no usó el término pesimismo hasta 1828, comprendió rápidamente que su filosofía era “esencialmente [...] pesimismo.”<sup>13</sup> Al considerar que la función esencial de la filosofía era la interpretación metafísica del mundo –una que hiciese comprensible los hechos empíricos–, Schopenhauer entendió que solo existían dos tipos posibles de sistemas metafísicos: los optimistas, que “presentan la existencia del mundo como justificada por sí misma, y así la elogian y ensalzan”; y los pesimistas, que entienden que el mundo “solo puede concebirse como [...] [algo que] no debería ser, al reconocer que el dolor y la muerte no pueden formar parte [...] de lo que debería ser desde cualquier punto de vista.”<sup>14</sup>

Su sistema metafísico ofrecía una interpretación del mundo que daba buena cuenta de la existencia del *mal físico y moral*: estos eran el reflejo fenoménico de la cosa en sí, una voluntad de vivir ciega e irracional, la cual era entendida como una “aspiración ilimitada” y caracterizada por la “ausencia de fines y límites.”<sup>15</sup> Precisamente por esto, por la carencia de razón alguna en el núcleo de la existencia, los males se volvían contingentes desde un punto de vista metafísico y, de este modo, injustificables.

De acuerdo con ello, identificó su filosofía con el pesimismo, que podía cifrarse como la convicción de que *el mundo era un error que no debería ser en absoluto y que, por lo tanto, la inexistencia era preferible a la existencia*.

Ahora bien, precisamente en esta autocomprensión de su filosofía como pesimismo, Schopenhauer realizó el primer movimiento en la polémica, todavía latente, al *impugnar a su contrario*, el optimismo, siguiendo la estructura de los *conceptos*

13 Arthur Schopenhauer, *Der handschriftliche Nachlaß*, Bd. 3, *Berliner Manuskripte (1818-1830)*, ed. Arthur Hübscher (München: Deutschen Taschenbuch Verlag, 1985), 463

14 Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, vol. 2, trad. Pilar López de Santa María (Madrid: Trotta, 2005), 208

15 Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, vol. 1, trad. Pilar López de Santa María (Madrid: Trotta, 2005), 218

*contrarios asimétricos* con el objetivo de excluirlo del tablero de juego filosófico como una posición teórica seria. En el proceso de acreditación del pesimismo, que ponía de relieve la experiencia negadora del dolor y del sufrimiento, Schopenhauer definió el optimismo como una teoría *irreflexiva* (por incorrecta, pues no hacía comprensible el mundo al no dar cuenta adecuadamente del mal físico y moral) y también *perversa*, pues suponía “un amargo sarcasmo sobre los indecibles sufrimientos de la humanidad”;<sup>16</sup> definición a la que se añadían las descalificaciones de “judaísmo,” “dogmatismo precrítico” y “filisteísmo.”<sup>17</sup>

Lo relevante aquí es que bajo la fundamentación teórica del pesimismo schopenhaueriano se ocultaban una serie de aspectos prácticos que se desprendían de ella. Al concepto de pesimismo se adherían una determinada concepción de historia, de la libertad, de la naturaleza, de la política, del derecho y del Estado que apuntaban a un campo práctico muy distinto al que lo hacía el optimismo de la filosofía de la historia. De acuerdo con su filosofía, el mundo era radicalmente malo, al punto de no admitir tampoco ningún tipo de mejora moral y política para el ser humano a lo largo de la historia: debido a su teoría de la invariabilidad del carácter, sostenía que los seres humanos actuaban conforme a su esencia (una objetivación de aquella voluntad demoníaca) y que, además, no podían variar ese comportamiento. Descartada la mejora moral del ser humano, que en el mejor de los casos se comportaba de un modo egoísta –si no malvado–, la historia se dibujaba ya no como el espacio de acción para realizar un objetivo común (la libertad de todos), sino como un escenario teatral en el que siempre aparecían representados una y otra vez los mismos personajes con distintos trajes. La política y el derecho, en consecuencia, tenían el único objetivo de mantener una precaria y apenas sostenible paz interna y externa.

En definitiva, el pesimismo de Schopenhauer no solo describía o recogía la experiencia del sufrimiento, del mal moral y físico existentes en mundo, sino que proyectaba un horizonte de expectativas poco halagüeño, redefiniendo aquel conjunto de conceptos que se adherían a él. El único evento verdaderamente “nuevo” que podía darse en la historia (y con la cual, acabaría la historia misma), sería la aparición del santo asceta que, negando la voluntad de vivir, hiciese hundirse el mundo en la salvífica nada.

---

16 Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, vol. 1, 385.

17 Cf. Arthur Schopenhauer, *Conversaciones con Arthur Schopenhauer. Testimonios sobre la vida y la obra del filósofo pesimista*, ed. y trad. Luis Fernando Moreno Claros (Barcelona: Acantilado, 2016), 276; Arthur Schopenhauer, *Parerga y Paralipómena*, vol. 1, trad. Pilar López de Santa María (Madrid: Trotta, 2009), 167-170 y 216; Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, vol. 1, 577-581; Schopenhauer, *Der handschriftliche Nachlaß*, Bd. 3, 10.

## 2. La democratización del concepto de pesimismo y la recepción de la filosofía schopenhaueriana

No es de extrañar que esta filosofía y su concepto cardinal, el de pesimismo, tuviesen una escasa recepción en la primera mitad del siglo XIX, una época cargada de esperanzas de reforma en la cual la figura de Hegel era la referencia filosófica para la burguesía alemana: en la década de 1820 el público alemán empezaba a disfrutar del que sería, como resultado del Congreso de Viena de 1815, el período más largo de paz –no por eso libre tensiones– que se hubiese visto en la historia de Europa después de un período de más de veinte años de conflictos, abierto en 1792 con el enfrentamiento de la coalición antirrevolucionaria de las potencias europeas contra Francia y cerrado tras la derrota de Napoleón en 1814. Acompañando a este sentimiento de idilio, el mosaico de Estados germánicos y Prusia experimentaron un paulatino, aunque no homogéneo *progreso*: desde el punto de vista *jurídico-político*, las reformas sobre la propiedad de la tierra pusieron fin progresivamente a la servidumbre de la gleba y favorecieron la adquisición de una modesta representación política de la burguesía; mientras que, desde el punto de vista *técnico*, el progreso se materializó en el proceso de industrialización y de la mejora de la agricultura. Como consecuencia, desde el *socioeconómico*, se consolidó un crecimiento demográfico y económico que se tradujo en un desplazamiento de la población del campo a la ciudad y en la aparición de una nueva clase, la del proletariado, que pese a sus miserias adquirió unas condiciones de vida mejores que las del campesinado.

El tiempo histórico había allanado así el camino que llevaba a la filosofía de Hegel: el público universitario ansiaba la realización del reino de la libertad a la vez que cargaba sobre sus espaldas el temor a la revolución y sus consecuencias: la pérdida de la calma<sup>18</sup> que por fin había aparecido tras los recientes tiempos convulsos. En la primera mitad del siglo XIX Hegel ofrecía la posibilidad de una *reconciliación* sin *resignación*,<sup>19</sup> mientras que Schopenhauer apuntaba a una filosofía de la desespera-

18 El asesinato de Kotzebue a manos del estudiante nacionalista Karl Sand en 1819 fue un acontecimiento decisivo a este respecto, pues llevó en último término no solo a un mayor control y presión sobre las asociaciones estudiantiles, sino a la paralización de los procesos constitucionales; cf. Hagen Schulze, *Breve historia de Alemania* (Madrid: Alianza, 2011), 94; Louis Bergeron, François Furet, Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*, (Madrid: Siglo XXI, 1971), 208; Félix Duque, *La restauración. La escuela hegeliana y sus adversarios*, (Madrid: Akal, 1999), 25-27; Joaquín Abellán, *Nación y nacionalismo en Alemania: la «cuestión alemana» (1815-1990)*, (Madrid: Tecnos, 1997), 35-39; Rüdiger Safranski, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, (Barcelona, Tusquets, 2008), 334-339.

19 “Así como la razón no se contenta [únicamente] con el acercamiento [a la verdad] [...]

ción y el quietismo que pasaba por encima de la historia y, con ella, por encima de las preocupaciones del público filosófico de estos años.

Lo que daría al traste con esta experiencia histórica y con su horizonte de expectativas sería la *crisis política* que se produjo en los territorios alemanes con la frustrada Revolución de Marzo de 1848. En ella, la burguesía alemana, a la que en aquel entonces ya se había concedido una cierta autonomía administrativa de corte liberal en lo concerniente a temas económicos, trató de materializar políticamente su poder económico y social. En Frankfurt am Main, los liberales establecieron la Asamblea Nacional Alemana en la iglesia de San Pablo con el objetivo de formar un gobierno para todos los alemanes y promulgar una Constitución. Sin embargo, el *Vorparlament* carecía tanto de poder político real como de legitimación –Austria no dejaba de clamar contra la ilegalidad de la Asamblea Nacional Alemana aludiendo que esta contravenía lo acordado en el Congreso de Viena. A este fracaso inicial, se le sumó la incómoda presencia de la otra tendencia activa en la Revolución de Marzo, de corte socialista y demócrata-radical, representada por las clases desposeídas. Ante los ojos del propio *Vorparlament* el empuje de esta segunda corriente apareció como el riesgo de una segunda revolución, esta vez social, con los peligros que conllevaba: terror y guillotina. La conjunción de estos factores llevó a los burgueses liberales moderados a pactar, finalmente, con las potencias conservadoras de la Restauración para mantener su libertad económica a cambio de sus derechos políticos. Las revueltas fueron sofocadas por los ejércitos prusiano y austriaco, y el fracaso definitivo del *Vorparlament* se puso de manifiesto con su disolución tras la negativa de Federico Guillermo IV a aceptar la corona ofrecida por aquél para formar un Imperio Alemán.<sup>20</sup> El resultado fue, a finales de 1848, una Constitución en la que no se realizaban las aspiraciones políticas de los burgueses liberales. El intento de formar un Estado alemán basado en los derechos humanos, la soberanía popular y la unidad nacional había fracasado.

Después de la aventura revolucionaria, los hegelianos fueron los peor parados<sup>21</sup>: la justificación de la revolución era, para ellos, de naturaleza histórica y, sin embargo, la historia había discurrido por los derroteros de la Restauración. Con el fracaso de

---

tampoco se contenta con la fría desesperación que admite que en esta temporalidad todo anda mal o, a lo sumo, mediocrementemente, pero que afirma que en ella no se puede tener nada mejor y que solo por ello hay que estar en paz con la realidad; es una paz más cálida la que proporciona el conocimiento.” Georg Friedrich Wilhelm Hegel, *Principios de la filosofía del derecho*, trad. Juan Luis Vernal (Barcelona: Edhasa, 2005), 62.

20 Cf. Schulze, *Breve historia de Alemania*, 101-104.

21 Cf. Frederick C. Beiser, *The Genesis of Neo-Kantianism, 1796-1880*, (New York: Oxford University Press, 2014), 180.

la Revolución de 1848 y con el triunfo de las potencias conservadoras no solo los lectores burgueses de Hegel, sino también los representantes del centro hegeliano se vieron desencantados.<sup>22</sup> Una vez más, el reino de la libertad había sido pospuesto *sine die*; y lo que surgió de esta experiencia fue un cambio radical del *horizonte de expectativas* de la burguesía alemana, para la que la historia parecía cerrarse y dejaba de ser el campo de acción humana libre.

Solo entonces pudo el *pesimismo* convertirse en un concepto adecuado para expresar aquel tiempo histórico: la filosofía de Schopenhauer calificaba este como el peor de los mundos posibles; y ofreció a la burguesía alemana una *justificación metafísica* y una *exoneración de la culpa* tanto para el fracaso de la revolución como para su propio giro conservador. Era “la palabra correcta para el tiempo adecuado”<sup>23</sup> que hacía ver lo inútil del afán frustrado de la burguesía liberal, pues mostraba que, según la verdadera naturaleza de las cosas y el auténtico orden del mundo, la historia humana es miserable sin posibilidad de enmienda alguna –mucho menos una política. Así, esta justificación ofrecida por la filosofía pesimista de Schopenhauer fue tanto una *expresión* de la experiencia del fracaso político como una *sublimación metafísica* y *bálsamo* para aliviar la decepción resultado de él.

Esto puede comprobarse al observar cómo, precisamente a partir de 1848, se produce una recepción *popular* de la filosofía de Schopenhauer que se ejemplifica en la figura de sus discípulos, algunos de ellos exhegelianos, como Julius Frauenstädt, pero otros muchos provenientes de campos no relacionados directamente con la filosofía, especialmente del jurídico, como Friedrich Dorguth, Johann August Becker, Adam von Doss, Carl Georg Bähr o, posteriormente Wilhelm Gwinner.

Esta creciente aceptación y acogida de su obra en los círculos de la burguesía, se potenció y afianzó a partir de 1851, con la publicación de los *Parerga y Paralipomena*, y, sobre todo, con la traducción al alemán del artículo de John Oxenford, *La iconoclasia en la filosofía alemana*, aparecido en 1853 en la revista *The Westminster Review*, en el que se ensalzaba el estilo filosófico de Schopenhauer frente Fichte, Schelling y Hegel. La traducción, de Christine Albertine Lindner, fue publicada con el título *La filosofía alemana en el extranjero* por el discípulo schopenhaueriano Ernst Otto Lindner en el berlinés *Vossische Zeitung*, diario del que él era editor y que en aquel entonces contaba con cerca 11.000 suscriptores y unos 30.000 lectores. Este hecho, solo en apariencia anecdótico, fue toda una operación intelectual impulsada

22 Cf. Hermann Lübbe, *Politische Philosophie in Deutschland. Studien zu ihrer Geschichte*, (Basel: Schwabe & Co., 1963), 82.

23 Franz Erdmann Mehring, “Arthur Schopenhauer”, en *Arthur Schopenhauer*, ed. Wolfgang Harich, (Berlin: Aufbau-Verlag, 1955), 202.

por el círculo schopenhaueriano para “oficializar” el pesimismo como el concepto guía de la burguesía decepcionada.<sup>24</sup> Esto se pone de manifiesto, sobre todo, si atendemos a la línea editorial tanto del *Westminster Review* como del *Vossische Zeitung*, de marcada orientación política liberal: fue precisamente un canal del pensamiento político liberal el que favoreció la conversión de la burguesía alemana al pesimismo. La abjuración del liberalismo político que este suponía era algo de lo que el propio Oxenford había alertado en su artículo.

[...] mientras que la enseñanza de Schopenhauer es la más genial, la más ingeniosa –y podríamos añadir, la más entretenida que puede ser imaginada– la doctrina que enseña es la más descorazonadora, la más repulsiva, la más opuesta a las aspiraciones del mundo presente, la cual los más fervientes consoladores de Job pudieran elaborar. Todo lo que una mentalidad liberal aguarda si no con confianza, sí con esperanza, –la extensión de los derechos políticos, la promoción de la educación, el hermanamiento de las naciones, el descubrimiento de nuevos métodos para controlar la testaruda naturaleza– debe ser abandonado como un sueño banal si alguna vez se acepta la doctrina de Schopenhauer. En una palabra: es un “pesimista” confeso. Lo es en su resultado sumario: que este es el peor de todos los mundos posibles, así que tampoco susceptible de mejora; que lo mejor que podemos hacer es deshacernos de él totalmente [...].<sup>25</sup>

Dada la decepción política de 1848, la advertencia fue recibida entre la burguesía liberal como una invitación a abrazar el pesimismo como una alternativa a las promesas históricas incumplidas del optimismo hegeliano. El propio Schopenhauer, en una carta enviada a Lindner ese mismo año, afirmaba: “El público alemán culto debe aceptar *nolens volens*, en primer lugar, la creencia de que para la salvación de su alma es necesario el estudio de mis escritos [...]”.<sup>26</sup>

### III. *La disputa sobre el pesimismo*

La difusión popular del pesimismo y, sobre todo, la preocupación por sus conse-

---

24 Cf. Maestro y discípulo fueron plenamente conscientes de que las loas del británico a Schopenhauer podían hacer del texto una verdadera arma arrojadiza contra la filosofía universitaria, en especial la hegeliana. Esto se pone de manifiesto si se acude al intercambio epistolar previo a la publicación del artículo en el periódico *Die Vossische Zeitung*; cf. Arthur Schopenhauer, *Gesammelte Briefe*, ed. Arthur Hübscher, (Bonn: Bouvier, 1987), 311-313; Arthur Schopenhauer, *Arthur Schopenhauer Sämtliche Werke*, Bd. 15, *Die Briefwechsel Arthur Schopenhauers*. Bd. 2, ed. Paul Deussen, (München, R. Piper & Co. Verlag, 1933), 211.

25 John Oxenford, “Iconoclasm in German Philosophy”, *The Westminster Review* 3 (1853): 394.

26 Schopenhauer, *Gesammelte Briefe*, 316-317.

cuencias prácticas fue el detonante de una polémica que, tras la recepción de la filosofía de Schopenhauer, se dividió en dos fases o etapas claramente diferenciadas. En un primer momento, quienes se levantaron en armas contra el pesimismo schopenhaueriano fueron precisamente los hegelianos, quienes veían en él la amenaza de dar por perdidos los ideales históricos y políticos que alimentaban su filosofía. La segunda etapa de la polémica estuvo marcada por la aparición y gran éxito de un nuevo representante del pesimismo, Eduard von Hartmann, y por el relevo neokantiano en la defensa de las posiciones optimistas hasta el momento sostenidas por los hegelianos.

### 1. Primera fase de la disputa. Los adversarios del pesimismo schopenhaueriano

Desde 1853 hasta la década de 1870, se abre la primera fase de la disputa sobre el pesimismo, cuyo objeto es, de un modo específico, el pesimismo schopenhaueriano. Los hegelianos, el enemigo más relevante de este período —y al que se sumaban también los teólogos—, buscaron desesperadamente acabar con el “interregno filosófico”<sup>27</sup> de Schopenhauer, que ahora era, tal y como lo había definido Rosenkranz, “el Káiser de la filosofía alemana.”<sup>28</sup> En sus escritos polémicos es donde se muestra de un modo más claro que la lucha contra el concepto de pesimismo como concepto adecuado para expresar aquel tiempo histórico, se decidía, sobre todo, por su aspecto koselleckiano como *factor*.

Los hegelianos, al igual que hizo Schopenhauer con el optimismo, procedieron a calificar y delimitar el pesimismo siguiendo la estructura de los conceptos contrarios asimétricos, llegando a definirlo incluso como una patología. En una órbita cercana al hegelianismo, Ludwig Noack es un ejemplo paradigmático de esto: en un artículo de 1859 atribuye el sistema entero de la voluntad y el pesimismo de Schopenhauer a una personalidad enfermiza. Para él, “el pesimismo que solo alcanza a ver sufrimientos en la vida del hombre y ve en el mundo un valle de lágrimas pertenece al ámbito de la patología, es un estado enfermizo del ánimo” resultado de unas “muy especiales experiencias vitales.”<sup>29</sup> También Rudolf Haym, entonces ya exhegeliano, aseguraba en 1864 que el pesimismo de Schopenhauer “tiene tan solo un interés patológico. A la génesis del sistema sucede el *historial clínico de la misma*, atravesada cada vez

27 [Moritz Carrière], “Ein neues philosophisches Werk”, *Grenzboten* 1 (1870): 56.

28 Karl Rosenkranz, “Zur Charakteristik Schopenhauer’s”, *Deutsche Wochenschrift* 1, n°22 (1854): 673.

29 Ludwig Noack, “Arthur Schopenhauer und seine Weltansicht. Eine fixe Idee in pessimistischem Gewande”, *Psyche. Zeitschrift für die Kenntniss des menschlichen Seelen- und Geisteslebens* 2 (1859): 41.

de un modo más claro, grosero y repugnante por los rasgos de la personalidad de Schopenhauer.”<sup>30</sup>

Las razones por la que autores como Noack y Haym lanzaban este furibundo ataque al pesimismo, se aprecian, sin embargo, en otros hegelianos: lo que ninguno de ellos aceptaba eran las “perniciosas” consecuencias del pesimismo para la vida moral y política de los alemanes. Rosenkranz consideraba ya en 1854, que “sería un espantoso síntoma para la época actual” que el pesimismo adquiriese una “propaganda de mayores dimensiones.”<sup>31</sup> Para él, en contraste con un Hegel que hacía frente a los dolores del mundo, Schopenhauer y su pesimismo moderno, apartaban la mirada de ellos en favor del “monstruoso hedonismo en el que naufragaron nuestros antiguos.”<sup>32</sup> Otro ejemplo es el del también hegeliano Ludwig Michelet, quien en 1855 identificó el pesimismo con el determinismo, con la negación de la filosofía de la historia y con la doctrina de la salvación como “extinción” o nirvana budista. Según Michelet, en esta identificación “sale a la luz el significado práctico de la parte metafísica de su filosofía,” el cual es declarado abiertamente como “pernicioso.”<sup>33</sup>

Ya en 1866, otro hegeliano, Viktor Kiy, atacó también el pesimismo por sus consecuencias ético-políticas: en una línea similar a la de Rosenkranz, el pesimismo no era para él otra cosa que un “egoísmo teórico,”<sup>34</sup> cuya errónea conclusión es la imposibilidad del progreso humano: la desesperación frente a la política, el derecho y el Estado que se deja ver en el pesimismo, asegura, tienen su fundamento tan solo en “una mera situación cultural casual, la cual del mismo modo podría también no ser así [...]. Es posible que las aspiraciones sociales de los últimos decenios se hayan conducido en parte por el camino equivocado [...]; sin embargo, ya ha comenzado una superación de aquella situación penosa.”<sup>35</sup>

Junto a estos autores, otros como Eugen Dühring, Adolph Cornill, Albert Thilo o Karl Gutzkov, atacarían el pesimismo por sus nefastas consecuencias ético-prácticas.

---

30 Rudolf Haym, “Arthur Schopenhauer”, en *Arthur Schopenhauer*, ed. Wolfgang Harich, 120.

31 Rosenkranz, “Zur Charakteristik Schopenhauer’s”, 684

32 Karl Rosenkranz, *Hegel als deutscher Nationalphilosoph*, (Leipzig: Duncker & Humblot, 1870), xiv.

33 Cf. Karl Ludwig Michelet, “Arthur Schopenhauer. (Vortrag gehalten am 30. December 1854 in einer philosophischen Gesellschaft)”, *Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik, im Vereine mit mehreren Gelehrten* 27 (1855): 241-249.

34 Viktor Kiy, *Der Pessimismus und die Ethik Schopenhauers*, (Berlin: A. W. Hayn, 1866), 5.

35 *Ibid.*, 75-78.

2. Eduard von Hartmann. Un nuevo representante del pesimismo adecuado al segundo Reich

En 1871 los acontecimientos históricos, una vez pasado el peor trago del fiasco revolucionario de 1848, parecían tomar un nuevo rumbo más favorable, pues se había logrado uno de los grandes anhelos burgueses de aquella Revolución: la unificación de Alemania. Sin embargo, en este contexto, el pesimismo continuó siendo un concepto guía para la burguesía alemana. Esta persistencia se debía, en gran medida, a la aparición en 1869 de una nueva obra de corte pesimista que planteaba un nuevo desplazamiento del contenido semántico del concepto de pesimismo: la *Filosofía de lo inconsciente* de Eduard von Hartmann, que se convirtió en uno de los mayores éxitos editoriales del último tercio del siglo XIX.<sup>36</sup> Su repercusión fue tal que en las décadas siguientes aparecieron en torno a unas 750 publicaciones sobre el pensamiento de su autor en forma de artículos, reseñas y trabajos monográficos fruto de sus partidarios y detractores.<sup>37</sup> Así, con la publicación de la *Filosofía de lo inconsciente* se inicia una segunda fase en la polémica del pesimismo, que llegará, al menos, hasta el cambio de siglo. Sin embargo, antes de mostrar el desarrollo de esta, conviene señalar el desplazamiento semántico al que se ve sometido el concepto de pesimismo, con este nuevo representante.

Bajo el *motto* “[r]esultados especulativos según el método inductivo de las ciencias naturales,” la *Filosofía de lo inconsciente* se proyectó como una reforma o reformulación más científica del pesimismo y la filosofía de Schopenhauer. Manteniendo como origen del mundo el impulso de una voluntad ciega e irracional, von Hartmann sostenía que el mejor calificativo para el resultado de aquel impulso era la palabra “inconsciente”. Con un análisis de la vida de las plantas y animales, así como del ser humano, trataba de demostrar que el rasgo esencial de todos ellos era una progresiva manifestación o elevación a la conciencia de esa esencia originaria inconsciente. Elaborando una variación del pesimismo de Schopenhauer, Hartmann seguía comprendiendo el mundo como un *error* y consideraba que la inexistencia era preferible

36 En tan solo diez años, salieron a la luz ocho ediciones de la obra: la primera edición aparece en noviembre de 1868 con fecha de 1869; en septiembre de 1870, ésta se agota y se procede con la publicación de la segunda edición; una tercera edición aparece en octubre de 1871 y, en abril de 1872, se publica la cuarta; la quinta y sexta edición aparecen en junio y noviembre 1873 respectivamente; la séptima aparece en noviembre de 1875 y la octava en abril de 1878; cf. Carl Heymons, *Eduard von Hartmann. Erinnerungen aus den Jahren 1868-1881* (Berlin: Carl Duncker’s Verlag, 1882), 60-61.

37 Cf. Frerericck C. Beiser, *Weltschmerz. Pessimism in German Philosophy, 1860-1900*, (Oxford: Oxford University Press, 2016), 122.

a la existencia. Sin embargo, en vez de entender que la aniquilación de esa existencia debía proceder de la extinción de la voluntad de vivir llevada a cabo por el santo, Hartmann dibujaba en el horizonte un paulatino desarrollo cultural que aumentase la conciencia colectiva sobre el dolor del mundo y que llegase, finalmente, a una negación global y colectiva de la voluntad en todos los seres humanos.

Aunque el núcleo semántico del pesimismo de Schopenhauer seguía intacto, se había producido, con su nueva fundamentación positivo-especulativa, un desplazamiento significativo: el pesimismo de Eduard von Hartmann portaba una doble faz que hacía coincidir un *pesimismo eudemonológico* que certificaba la preponderancia del dolor sobre el placer en la experiencia humana de la vida (acreditando así la fatalidad del mundo) con un *optimismo evolucionista* en clave biológico-cultural que debía conducir a la humanidad a la salvación. Este último aspecto es el que permitió al pesimismo continuar siendo “la palabra adecuada” para su época; esta vez, la época del segundo Reich.

El optimismo evolucionista de Hartmann estaba atravesado por un darwinismo-social<sup>38</sup> que se presentaba de un modo completo en su *Fenomenología de la conciencia moral* (1878). En ella se hace explícito el sentido y el papel que von Hartmann otorga al perfeccionamiento del ser humano en la historia: evolución significa, para él, desarrollo de la cultura y de la especie, pero este desarrollo no tiene que ver, en ningún caso, con la mitigación de la miseria que sustenta su pesimismo eudemonológico, sino avance científico-técnico, artístico, económico, moral y biológico. En esta obra, el pesimista plantea una disyuntiva: elegir “o bien la promoción de la felicidad a costa del desarrollo cultural o bien la promoción del desarrollo cultural a costa de la felicidad humana.”<sup>39</sup> Adaptando el darwinismo a su visión metafísica del mundo, considera que en la lucha por la existencia, el ser humano ha sido dotado biológicamente de una disposición cerebral lo suficientemente avanzada como para generar cultura y que el fin de la humanidad es el perfeccionamiento de dicha organización cerebral mediante el desarrollo cultural,<sup>40</sup> sin embargo, entiende que este desarrollo cultural, tanto en el individuo como en los pueblos, es fruto de la misma lucha por la existencia que se ha visto en los animales. En este sentido, la muerte de millones por la guerra, la miseria, el crimen, la injusticia o los desastres naturales son para

---

38 Cf. Beiser, *Weltschmerz*, 161.

39 Cf. Eduard von Hartmann, “Das sittliche Bewusstsein. Eine Entwicklung seiner mannigfaltigen Gestalten in ihrem inneren Zusammenhange mit besonderer Rücksicht auf brennende sociale und kirchliche Fragen der Gegenwart. Zweite, durchgesehene Auflage”, en *Eduard von Hartmann's Ausgewählte Werke*, Bd. 2, (Leipzig: Wilhelm Friedrich, s. f.), 521.

40 Cf. *Ibid.*, 525-526.

la providencia únicamente “la almajara, el abono de la cultura.”<sup>41</sup> Los medios para llevar a cabo este desarrollo cultural, a pesar del sufrimiento que conllevan, eran para von Hartmann la *desigualdad* social, la *guerra*, la *colonización* y la *competencia económica*.<sup>42</sup>

Si tenemos en cuenta los rasgos de este optimismo evolucionista y su conjunción con el pesimismo eudemonológico, es fácil comprender el gran éxito de la filosofía hartmanniana a finales del siglo XIX y su casi completa desaparición en el panorama filosófico tras la Primera Guerra Mundial: era una defensa del nuevo Reich concebido como una fuerza de la cultura contra el mundo moderno y sus peligros, en la cual, la burguesía liberal o liberal-conservadora que abarcaba tanto a la antigua burguesía culta como a los pequeño-burgueses provenientes del antiguo artesanado y a la nueva burguesía industrial, veía reflejada su propia justificación y satisfacción con el *Reich* bismarckiano, así como también sus aspiraciones, deseos y esperanzas.

El nuevo Estado alemán de 1871, aunque no había cumplido los estándares de exigencia democrática planteados en la primera mitad de siglo, sí lo había hecho en lo referente a la unidad nacional,<sup>43</sup> y bajo este éxito, la conciencia pesimista adquirida entonces podía complementarse ahora, gracias a la filosofía hartmanniana, con este optimismo evolucionista avalado por el progreso económico, científico e industrial que hicieron de Alemania una gran potencia a tener en cuenta en la Europa de finales del siglo XIX. El *pesimismo eudemonológico* hacía de las demandas sociales en términos de justicia, igualdad o derechos políticos (como elementos constitutivos de una esperanza de felicidad depositada siempre en el futuro) algo imposible o egoísta en términos morales; mientras que el *optimismo evolucionista* legitimaba a las distintas élites como garantes históricos de la cultura fruto de la evolución histórica y natural. El burgués liberal o liberal-conservador pudo verse a sí mismo, entonces, como un *Kulturkämpfer*, un guardián de una cultura que, mirada bajo la óptica hartmanniana, coincidía con sus intereses, sentimientos y aspiraciones: en primer lugar, el nuevo pesimismo de von Hartmann identificaba uno de los *enemigos de la cultura* con uno de los temores de esta burguesía heredados de la experiencia de 1848, el socialismo y el comunismo, y justificaba debidamente su oposición a ellos. En segundo lugar, la defensa de la *competitividad económica* y el *colonialismo* era vista con buenos ojos por la nueva burguesía industrial que, apoyándose en sus intereses económicos, seguía con avidez el espíritu expansionista y colonialista de la época, el cual sólo

---

41 *Ibid.*, 526.

42 Cf. *Ibid.*, 536-541.

43 Cf. Schulze, *Breve historia de Alemania*, 129-130.

comenzaría a verse parcialmente satisfecho en la época guillermina a partir de 1888.<sup>44</sup> Por último, en una sociedad que progresivamente mostraba una mayor simpatía por el militarismo prusiano y el ejército, el cual gozaba de una gran reputación tras las guerras de unificación y se había erigido en garante del Estado y de la monarquía frente a sus enemigos,<sup>45</sup> también pudo encontrar la filosofía de von Hartmann una buena acogida en su justificación del belicismo como herramienta evolutiva; algo que constituía un oscuro presagio del entusiasmo con el que fue recibido en 1914 el estallido de la Gran Guerra.

### 3. La segunda fase de la disputa. El neokantismo alzado en armas

Contra el pesimismo hartmanniano se elevaron múltiples voces desde distintos ámbitos. El número de contrincantes del pesimismo, que trataban de impugnarlo como concepto guía en las tres décadas que van desde 1870 hasta 1900 fue inmensamente mayor que los que se enfrentaron a Schopenhauer los decenios anteriores. Pero de entre estos contrincantes destacan los *neokantianos*, quienes en un contraataque optimista trataron de asediar el pesimismo.

Aunque el neokantismo era un grupo heterogéneo, los filósofos neokantianos que se enfrentaron al pesimismo de Schopenhauer compartían una serie de rasgos y aspiraciones políticas similares. La mayoría de ellos eran antiguos hegelianos (paradigmáticos son los casos de Kuno Fischer o Eduard Zeller) damnificados por la frustrada revolución del 48, pero todos compartían los ideales políticos que el *Vorparlament* no pudo materializar y sentían la necesidad encontrar una nueva justificación teórica para ellos.<sup>46</sup> Esta justificación la encontraron en el retorno a un republicanismo kantiano, al que asimilaron la filosofía de Fichte como una filosofía adecuada para la acción política.<sup>47</sup> Sin embargo, esta tarea requería enfrentarse a un pesimismo que no solo se había convertido en un centro de gravedad de la vida cultural, sino que, además, según las exposiciones schopenhauerianas y hartmannianas, se entendía como un patrimonio heredado de la filosofía de Kant.

Los primeros espadas del neokantismo en la segunda fase de la disputa del pesimismo fueron Wilhelm Windelband, Otto Liebmann, Hans Vaihinger, Friedirch Paul-

44 Cf. *Ibid.*, 136 y 151.

45 Cf. *Ibid.*, 141.

46 Cf. Beiser, *The Genesis of Neo-Kantianism*, 207-208

47 Cf. Klaus Köhnke, *Surgimiento y auge del neokantismo. La filosofía universitaria alemana entre el idealismo y el positivismo* (México: F.C.E., 2008), 196-202; Beiser, *The Genesis of Neo-Kantianism*, 404-407.

sen, Jürgen Bona Meyer, Johannes Volkelt, Alois Riehl y Kuno Fischer. Todos ellos volvieron a atacar el pesimismo desde la estructura de la definición asimétrica de su contrario; y para ello esgrimieron argumentos de carácter epistemológico, eudemonológico, psicológico y de orientación ético-política.

Desde el flanco de ataque *epistemológico*, los neokantianos trataban de desacreditar el carácter “científico” que Hartmann había tratado de dar al pesimismo argumentando que o bien el juicio negativo sobre la existencia era imposible y, a fin de cuentas, era una valoración que no contenía ningún valor cognoscitivo.<sup>48</sup> Esta línea unía fuerzas con las críticas de carácter *eudemonológico*, las cuales trataban de combatir el pesimismo mostrando que el juicio sobre el sufrimiento en la vida humana hecho por Schopenhauer y Hartmann bien carecía de objetividad, bien erraba al valorar adecuadamente la naturaleza de placer y desplacer, o bien simplemente era imposible de realizar.<sup>49</sup> Junto a ellas, el tercer frente abierto era el *psicológico*, que venía a complementar los anteriores. Aunque este tipo de críticas ya habían aparecido antes entre los hegelianos, ahora tomaban de nuevo fuerza entre los neokantianos para impugnar el pesimismo como un mero “estado de ánimo subjetivo”, como “un temple de carácter” o, incluso, una “patología.”<sup>50</sup> Según ellos, el pesimismo era un subproducto mental de las desdichas biográficas o de los temperamentos débiles,

---

48 Cf. Rudolf Haym, “Die Hartmann’sche Philosophie des Unbewußten”, *Preußische Jahrbücher* 31 (1873): 258-260; Windelband, “Pessimismus und Wissenschaft”, 219-230; Otto Liebmann, “Trilogie des Pessimismus”, en Otto Liebmann, *Gedanken und Thatsachen. Philosophische Abhandlungen, Aphorismen und Studien*, Bd. 2 (Straßburg: Verlag von Karl J. Trübner, 1904), 265-266; Hans Vaihinger, *Hartmann, Dühring und Lange: Zur Geschichte der deutschen Philosophie im 19. Jahrhundert. Ein kritischer Essay*, (Iserlohn: Verlag von J. Baedker, 1876), 125-129 y 231-232.

49 Cf. Johannes Volkelt, *Das Unbewusste und der Pessimismus. Studien zur modernen Geistesbewegung* (Berlin: Verlag von F. Henschel, 1873), 256-257; Johannes Volkelt, *Arthur Schopenhauer. Seine Persönlichkeit, seine Lehre, Sein Glaube* (Stuttgart: Fr. Fromanns Verlag, 1900), 216; Haym, “Die Hartmann’sche Philosophie”, 263-265; Friedrich Paulsen, “Gründe und Ursachen des Pessimismus”, *Deutsche Rundschau* 48 (1886): 361-366; Jürgen Bona Meyer, *Weltelend und Welterschmerz. Eine Rede gegen Schopenhauer’s und Hartmann’s Pessimismus gehalten im wissenschaftlichen Verein zu Berlin* (Bonn: Adolph Marcus, 1872), 10-22; Wilhelm Windelband, “Pessimismus und Wissenschaft”, 236-238; Alois Riehl, *Zur Einführung in die Philosophie der Gegenwart* (Leipzig: Druck und Verlag von B. G. Teubner, 1908), 224-225.

50 Cf. Riehl, *Zur Einführung in der Philosophie*, 219; Windelband, “Pessimismus und Wissenschaft”, 220-221; Kuno Fischer, “Der Philosoph des Pessimismus. Ein Charakterproblem”, en Kuno Fischer, *Kleine Schriften*, Bd. 2, 414-444; Friedrich Paulsen, *Schopenhauer, Hamlet, Mephistopheles. Drei Aufsätze zur Naturgeschichte des Pessimismus* (Stuttgart: Cotta’sche Buchhandlung, 1901), 51-53; Paulsen, “Gründe und Ursachen des Pessimismus”, 372; Liebmann, “Trilogie des Pessimismus”, 238.

cuyas raíces no se podían eliminar mediante argumentaciones filosóficas, sino más bien con tratamiento médico.

Los ataques neokantianos más relevantes provinieron, no obstante, del flanco ético-político, pues en este aspecto práctico del pesimismo era donde se ponían de manifiesto las razones por las lo combatieron tan furiosamente como concepto guía de su época: lo que estaba en juego era, en definitiva, la pervivencia de los ideales políticos del 48. Casi todos los neokantianos se suman a este tipo de crítica bajo la acusación común, expresada como diagnóstico, de que el pesimismo era *herramienta política reaccionaria*.

Jürgen Bona Meyer y Kuno Fischer relacionaban directamente el pesimismo con el ambiente reaccionario posterior a la Revolución de Marzo. Por una parte, Bona Meyer, identificó la decepción revolucionaria como causa del éxito del pesimismo al afirmar que solo en el fracaso revolucionario, “en este asfixiante aire de pantano” pudo crecer “la planta de ciénaga del pesimismo.” Pero, considera los éxitos de las décadas posteriores (la unificación), suponían un acicate para devolver a los alemanes “la fe en un orden moral del mundo”; y concluía con confianza: “no pasará mucho tiempo hasta que de nuevo tengamos una filosofía que conciba como su más noble tarea elevar al hombre sobre la miseria de la existencia.”<sup>51</sup> Por su parte, Kuno Fischer acusaba directamente a Schopenhauer y su pesimismo de haber entablado una alianza con la ideología reaccionaria: Schopenhauer, según su diagnóstico de 1893, “sintió instintivamente que la orientación reaccionaria de la época favorecería su ascenso y fortuna; que los luchadores prusianos harían callar no solo a los rebeldes, sino también, provisionalmente, a la totalidad de la literatura que él odiaba.”<sup>52</sup> Todas las doctrinas –señala Fischer– que Schopenhauer consideraba contrarias a su pesimismo, habían sido perseguidas por el gobierno prusiano; lo cual fue “saludado con un alegre entusiasmo por Schopenhauer.” Por eso sentenciaba: “Ciertamente no hay discusión sobre que tanto Schopenhauer mismo como su doctrina pudo o quiso acomodarse al servicio de la reacción de entonces.”<sup>53</sup>

Desde el punto de vista las consecuencias del pesimismo para la actuación del hombre en el mundo, Otto Liebmann cargaba por su correlato práctico inmediato: el quietismo. Para Liebmann, el pesimismo no había comprendido adecuadamente la naturaleza de la miseria del mundo, pues quien lo hace “no se retira a un rincón para [entonar] lamentos sin resultados fácticos y recriminaciones infructuosas con-

51 Bona Meyer, *Weltelend und Weltschmerz*, 25-26

52 Kuno Fischer, *Geschichte der neuern Philosophie*, Bd. 9, *Schopenhauers Leben, Werke und Lehre* (Heidelberg: Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, 1908), 98.

53 *Ibid.*, 100.

tra el orden del mundo; sino que se hace cargo de ello y presta ayuda con todas sus fuerzas.”<sup>54</sup> La razón de ello, para él, reside en que el ser humano no puede desembarazarse de la idea de que lo malo en un sentido moral tiene una “falta *absoluta* de valor” y lo bueno moral tiene “un valor *absoluto*” debido a su “significado *práctico* para nuestro *actuar y querer*.” El quietismo pesimista, entonces, se opone al imperativo: “¡carga con ello! Lucha contra el mal, promociona lo bueno; ayuda a los enfermos, los pobres, los débiles y a los que sufren; levántate en armas contra la injusticia y la maldad. [...] Mejora el mundo [...].”<sup>55</sup> En esta misma línea se situó también Windelband, quien aseguraba que, frente al quietismo, eran necesarias “emociones optimistas”<sup>56</sup> que llevaran a la acción.

A la vista de la polémica, especialmente en su segunda fase, lo que podemos constatar es que el pesimismo, tras su progresiva democratización, temporalización, ideologización y politización, se había convertido, por su pretensión de universalidad, en un concepto guía de la segunda mitad del siglo XIX en Alemania, a pesar de la resistencia presentada por los grupos defensores de los ideales políticos de la primera mitad de siglo. El concepto de pesimismo, en principio teórico, adquirió un marcado significado práctico que no solo fue *apto* para recoger, expresar y comprender un tiempo histórico marcado por la crisis política del 48, sino que dibujó un nuevo horizonte de expectativas que se planteaba de un modo radicalmente opuesto al que se había abierto a finales del siglo anterior con la Revolución Francesa.

La convergencia entre los acontecimientos históricos y la última formulación del pesimismo, dada por von Hartmann en la década de 1870, ofrece una nueva luz bajo la cual comprender la catástrofe de la Gran Guerra que llegaría a comienzos del siglo XX; la cual constituiría el siguiente campo de experiencia –también traumático–, sobre el cual la proyección práctica del optimismo, con los desplazamientos oportunos, encontraría por fin un lugar en la fundación de la República de Weimar después de medio siglo de extravío.

---

54 Liebmann, “Trilogie des Pessimismus”, 263.

55 *Ibid.*, 266.

56 Windelband, “Pessimismus und Wissenschaft”, 224-225.